

Luces en la oscuridad

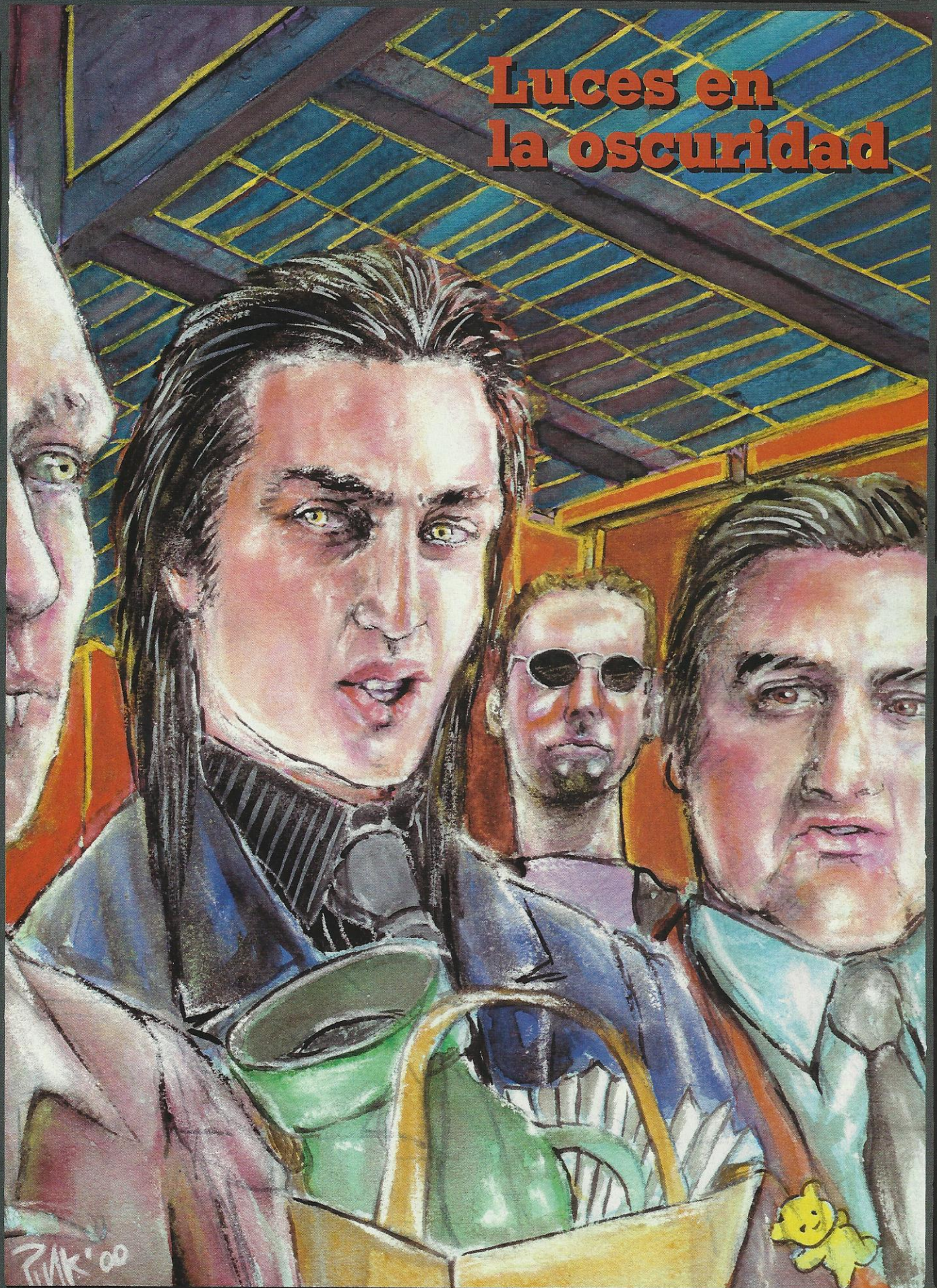


ilustración: Pilar Martín



VAMPIRO LA MASCARADA

A J., por las lealtades cuestionadas

Siempre pensé que el matrimonio y la muerte eran cosas que le pasan a otra gente. Pero yo ya había muerto una vez, y al menos esto eliminaba la otra posibilidad. Decir que un vampiro puede casarse es como asegurar que una planta puede hablar. Podrás buscar todos los sucedáneos que quieras o contratar a los mejores ventrílocuos. Pero aún así será una farsa. Pese a todo, cuando la Príncipe de la ciudad anuncia su matrimonio no es cuestión de venirle con consejos de revista femenina. Te callas y compras un regalo, especialmente si no eres más que un pobre neonato con menos poder que un perro.

Así comenzó todo. Eligiendo juegos de té y mantelerías. Mis amigos y yo estábamos en unos grandes almacenes que un contacto nuestro había abierto para nosotros, buscando una alternativa barata y vistosa. Allan sostenía un horrible jarrón que valía más dinero del que yo había ganado en toda mi vida. Y Leah hundía su espantosa cara en un juego de cojines de pesadilla. Nuestro contacto, el director de los almacenes, apareció de repente desde detrás de una columna.

- Chicos, tenéis visita. Y os recuerdo que lo que se rompe se paga.

Detrás del director estaba Levene, el soso secretario personal de nuestra Príncipe. Calvo, regordete, y eternamente vestido de polyester, parecía más un vendedor de enciclopedias que el eficiente gestor que en realidad era. No es que el chaval andara sobrado de sentido del humor, pero para ser un ghoul no era un mal tipo. Y en esta ciudad eso ya te hace bastante original.

- Dejad esto. Tenéis algo más importante que hacer. - Me encantará vestirme de dama de honor - rió Leah desde el fondo de sus pústulas - El rosa me alegra el cutis.

- Menos bromas. Marianne ha muerto. Sólo han quedado cenizas.

El jarrón que hasta entonces sostenía Allan hizo una demostración práctica de los efectos de la ley de la gravedad.

- Vaya, la Príncipe se acaba de quedar sin madrina de boda...

En realidad, los tres supimos al instante que significaba mucho más que eso. Una de las razones por las que nuestra ciudad era bastante más estable que muchos otros principados era la alianza formada por nuestra Príncipe Toreador, Day; su futuro marido y líder de los Ventrue, Jim, y la primogénita Brujah, Marianne. Claramente, el todopoderoso triunvirato había quedado tan roto como el jarrón.

Acompañamos a Levene al hotel donde vivía. Leah, Allan y yo estábamos en deuda con él y la Príncipe, y parecía bastante claro que había llegado el momento de devolver los favores.

- Day está muy afectada. Se conocían desde hace más de seiscientos años. Es evidente que el que lo ha hecho es muy poderoso.

Allan cruzó su mirada conmigo. Fuera cual fuera el papel que íbamos a jugar en aquello, alguien capaz de cargarse a Marianne no iba a tener demasiados problemas con nosotros.

- No lo hemos hecho público, aún. Las consecuencias... Jim está ahora con Day pero hay que actuar rápido. Confío en vosotros para que averiguéis quién la ha matado. No os estoy pidiendo que os enfrentéis al culpable. Yo mismo estaré encantado de impartir justicia.

Mal asunto. Poca gente había visto nunca que Levene perdiera la cabeza. Eché de menos la simple felicidad rebuscar entre alfombras y cuberterías.

- Quienquiera que lo hizo lo planificó muy bien. A primera hora de esta noche he tenido un aviso del jefe de bomberos. Poco antes del anochecer alguien abrió las persianas del apartamento. Aunque la alarma de humos saltó, ya era tarde. El cabrón que lo hizo había situado a Marianne junto a la ventana.

Recordé la última fiesta de Marianne a la que habíamos acudido. En la entrada de su piso había cámaras de seguridad y ninguno de los invitados humanos era fumador. Marianne era bastante paranoica por lo que se refería a su seguridad. Pese a todo, la fiesta había estado muy bien, porque Marianne ya se había encargado de ofrecernos un muestrario de viciosos que supliría la ausencia del tabaquismo. Además, nos había invitado a nosotros, a pesar de la diferencia de edad. Los bomberos habían seguido órdenes estrictas de no tocar nada. El piso estaba relativamente ordenado, lleno de libros, CDs, caballetes con acuarelas a medio pintar e instrumentos musicales. Marianne decía a menudo que su gran desgracia era no haber sido Abrazada por un Toreador. Demasiado cerebro y look insuficiente, bromeaba. Los bomberos habían forzado la entrada. Aparentemente, los agresores no habían entrado por la fuerza o tenían una llave. A primera vista no faltaba nada, aunque sin Marianne aquel piso parecía más vacío que nunca.

Los tres sabíamos perfectamente donde estaba su dormitorio. La cama estaba deshecha, y un montículo de cenizas se agolpaba junto al alféizar, mientras las parpadeaban débilmente luces en la oscuridad de la calle.

Allan palpó la cama.

- Intenso placer. E intenso dolor. O se pasó su última noche practicando el sado, o no entiendo nada Leah y yo nos inclinamos sobre las revueltas sábanas. El cojín estaba manchado tenuemente de sangre.

Revolvimos toda la casa. Aparecieron varias armas, dinero, joyas. No faltaba nada. También revisamos las cintas de seguridad. Pero por algún motivo, Marianne había olvidado conectar las cámaras al irse a dormir. O alguien las había desconectado convenientemente. Lo único un poco prometedor fue la agenda. La noche anterior Marianne había ido a La Aguja, un bar del centro. Si el nombre del bar estaba apuntado en el diario, es que había ido allí para encontrarse con alguien. Quizás con su asesino.

Aunque La Aguja no era un mal bar, por algún motivo no era un lugar popular con los Vástagos de la ciudad. Aún así, no era peor que los que frecuentaba Marianne habitualmente. Aunque Marianne, Day y Jim salían de vez en cuando, sólo la Brujah había sido una noctámbula empedernida. Leah alteró su cara y al momento nos perdimos entre la multitud que revoloteaba entorno a la barra. Tuvimos que gritarle varias veces al camarero para que nos oyera encima del lamento

de Portishead que sonaba incansable. De buenas a primeras, no quiso decirnos nada. No, no le sonaba una chica alta y con el pelo corto pero unos cuantos billetes debajo de los Gin Tonics que ni siquiera probamos parecieron ayudar un poco más. Efectivamente, Marianne había estado allí. Por lo visto, entró y salió de La Aguja varias veces. Durante la noche había estado hablando con varias personas. La habían visto con una mujer, a la que parecía intentar convencer de algo, y también con un hombre, pero no recordaba en qué orden. También recibió una llamada en el móvil y salió a la calle para poder hablar mejor. Del portero sonsacamos poco más. Su media neurona parecía recordar que una chica alta y con pelo corto había mandado a la mierda a un tipo con pinta de heavy y una camiseta rosa que le dijo algo mientras ella hablaba por teléfono.

Yo sabía quién era el tonto de la camiseta rosa, y Allan lo sabía aún mejor. Sven era un Gangrel sólo de nombre. No se había comportado cuerdamente desde hacía muchos años. En una fiesta él y Allan se habían peleado, y el uso creativo que habían hecho ambos de la Dementación había dejado a varios testigos fuera de combate.

Sven era escoria, y vivía consecuentemente con su forma de ser. Lo malo no era que trapicheara - la eternidad da tiempo para dedicarse a éste, y a otros muchos oficios y nosotros tampoco estábamos por encima de hacer un «bussines» de vez en cuando - pero su ambición le hacía adular todo lo que movía, y además utilizaba sus Disciplinas para crearse el mercado. Además, tenía un fructífero negocio paralelo en la extorsión de pequeños comerciantes. La casa de Sven, puestos a llamarle de algún modo, no hubiera estado mal si lan hubiera limpiado alguna vez desde que fue construida un par de siglos atrás. Apostar por Sven como asesino de Marianne era hacer trampa. Ganábamos seguro.

Yo mismo rompí su puerta, y asusté de paso a un par de niños que habían acudido a casa de Sven para ver si podían animarse la noche con algo. Sven ni se inmutó. Los niños se largaron con el rabo entre las piernas y Sven nos dedicó la mejor sonrisa que sus caries pudieron fingir.

- Al final, todos acabáis pasando por aquí.

- Venimos por Mary.

Sven se rascó el sobaco. Supongo que era su manera de indicar que pensaba.

- Ya le pagaré a esa zorra todo lo que le debo.

Mi amigo Allan no es exactamente lo que se llama una persona razonable. Golpeó a Sven con la gracia que le proporcionaban sus cien kilos de locura.

- ¿Cómo lo hiciste? ¿Por qué?

- ¿Cómo que por qué? Para pasar, ¿por qué si no?

Bum. Allan golpeó de nuevo, aunque esta vez Sven fue más rápido. Ambas figuras saltaron por encima de los destartados muebles, moviéndose a una velocidad que ni Leah ni yo podíamos soñar con conseguir. Pero Allan había aprendido unos cuantos trucos desde la famosa fiesta, y después de efectuar unos cuantos cambios súbitos en el concepto de interiorismo de Sven, éste terminó tumbado en el suelo.

- ¿Cómo lo hiciste?

- Como siempre, le di la brasa hasta que me pasó algo. Me lo tiró a la cara, más bien. Estaba demasiado ocupada hablando por el móvil.

Leah se acercó y lo miró fijamente. Todos los án-



gulos de la cara del Nosferatu parecían clavados en los ojos del Gangrel.

- ¿Por qué le has hecho esto?

- Yo no le he hecho nada. He mantenido mi parte del trato y no he hablado. Cuando me fui, estaba vivita y coleando. Jim podrá decirlo, porque estaba con ella.

Jim. No hacía falta acercarse a Dinamarca para oler a podrido. Salimos de casa de Sven sin cerrar la puerta.

Volvimos a la Aguja. La descripción de Jim concordaba con la del hombre a quién el camarero había visto. Y la mujer que había estado antes con ella se parecía a Day. O la Príncipe o su novio la habían asesinado. Quién sabe si no habrían sido los dos. La fantástica boda que había en perspectiva quizás iba a dejar a Marianne fuera del círculo de decisión. Todos suponíamos que había un fuerte vínculo, seguramente de sangre, entre los tres regentes de la ciudad. Pero Marianne parecía haberse convertido en una vela algo molesta.

En el Principado se respiraba un ambiente fúnebre. La gran sala donde solía reunirse el consejo de la ciudad parecía enorme. Sólo Levene, Day y Jim ocupaban un pequeño rincón. La Príncipe parecía sólo una mujer frágil y asustada, lejos de la majestad que la envolvía normalmente. Se retorcía el cabello rojizo ansiosamente.

- Señora, debemos hablar con vosotros. Por separado.

Levene hizo un gesto de negativa, pero Day asintió. Levene y Jim se marcharon.

- Marianne y yo vimos formarse la Camarilla. Esta ciudad es obra nuestra. Y de Jim, claro.

- Anoche la visteis ¿no es verdad?

- Sí, pero... Espero que no insinuéis que fui yo.

Su voz era gélida. No había manera de saber si mentía.

- Cualquier información que podáis ofrecernos será útil. Si había algo que os preocupaba respecto al Principado, puede tener relación alguna con lo que ha pasado.

Day apartó la mirada.

- Los motivos por los que nos vimos son estrictamente personales. Estoy cansada y no quiero hablar más.

Nos quedamos solos en la estancia. Estaba claro que no encontrábamos el enfoque adecuado. Puede que no haya un enfoque adecuado para hablar con los Antiguos.

Jim entró. Estaba ojeroso, pero parecía más sereno que la Príncipe.

- ¿Por qué motivo viste a Marianne?

- Teníamos que concretar algunos detalles de la boda.

- Sven os vio juntos.

Jim apartó la mirada.

- Dejé a Marianne en casa hacia las cuatro. Perfectamente viva.

Sentí que aquello era un gran despropósito. Alguien había subido las persianas.

- Marianne no quería que Day y tu os casarais. Le parecía una idea estúpida y además creía que la apartarais del poder. Sabías que tarde o temprano convencería a Day y la boda se iría al traste.

- Quién sabe qué quería realmente Marianne. Pero luchó más que nadie para que esta boda se celebrara.

No sé si lo soñé, pero me pareció que Jim retenía un sollozo. De todas formas, aquello era un velatorio. Aunque la muerta hubiera sido incinerada. Quedaba poca noche. Abandonamos el Principado cansados y hambrientos. Leah propuso entrar otra vez en la residencia de la Príncipe y exigirle que nos dejara alimentar de algún miembro de su Rebaño. Estábamos en la acera discutiendo sobre qué hacer cuando vimos una figura salir del edificio. Era Jim. Pese a las quejas de Allan, corrimos calle abajo intentando hacer el menor ruido posible. Jim subió a un cuatro por cuatro y enfiló un camino que ya habíamos recorrido. Iba en dirección a la casa de Sven.

A través de la puerta desvencijada oímos gritos. Entrar fue fácil. No así detener al primogénito Ventrue, que estaba desgarrando una camiseta rosa llena de vísceras. Sven era un montón de partes, tan roto como los muebles que Allan había destrozado antes.

Jim cayó al suelo. La sangre de Sven se mezclaba con la que caía de sus propios ojos.

- Fue... el maldito...chantajista.

La historia más vieja del mundo. Que la boda entre Jim y Day iba a ser un fiasco era evidente para todo el mundo. Los vínculos de sangre no tienen nada que ver con los ritos humanos. Jim y Day se querían realmente, pero tenían sus dudas. Day quedó con Marianne y le explicó lo que pasaba. Pero la Brujah quería mucho a ambos, e intentó convencer a Day de que no debía dudar, de que serían felices. Luego la llamó Jim, y quedaron.

Sven los vio. Pero no los vio solamente cuando hablaban, sino que vio lo que inevitablemente ocurrió después. Los vio alejarse hacia la casa de Marianne, donde está pasó su última noche, de intensa felicidad y culpa.

Jim sabía que la sangre en la almohada de Marianne era la de sus propias lágrimas. Pero se equivocaba en un punto. El Gangrel no había hecho matar a la Brujah. No tenía los medios, y tampoco le hubiera hecho falta. Marianne sabía que sus acciones lo habían cambiado todo para que no cambiara nada. Había sido una vela, sí, pero para iluminarlos a todos en la oscuridad. Y decidió extinguirse ella sola.

EPÍLOGO

Nunca me han gustado las bodas. Por no ir, ni siquiera me había presentado en la mía. Pero hay que reconocer que ésta fue muy bonita. Oficialmente, Sven había matado a Marianne, y la tragedia había unido aún más a Day y Jim. Y sólo nosotros supimos que el jarrón que les regalamos estaba hecho de trozos pegados.

Los personajes jugadores que aparecen en este módulo, son un Malkavian, un Nosferatu y un Ventrue de generaciones 9ª-10ª. Esta narración podrá ser adaptada fácilmente por cualquier Director de juego. Se podrá cambiar el nombre de los Pjs. para adaptarlo a cualquier ciudad donde se quiera jugar el módulo.

por Mar Calpena

